

escritor por los que sufren, por los desamparados. Esta preocupación le transmite a no pocas de sus páginas una respiración sentidamente humana, siendo certero en varias ocasiones al pintar la tragedia de los hambrientos. Entonces, la frase se hace sobria, equilibrada, densa, porque Pascuale Casaula se olvida de hacer literatura preciosista, porque deja desenvolverse con naturalidad su temperamento.

Por lo que ya hemos manifestado, habrá podido apreciarse que «*La casa sin ventanas*» es un libro de un valor muy desigual y su lectura molesta a menudo por varias de las causas que ya hemos señalado. Si no fuera tan escaso de páginas—poco más de cien—y no hubiera abundancia de diálogos cortos, de capítulos breves y de frases también breves, seguramente no habríamos sido capaces de leerlo en totalidad. Es verdad que, después de su lectura completa, uno no se siente del todo defraudado, porque comprende que existe en Pascuale Casaula un auténtico temperamento de escritor. Además, no se puede desconocer que es dueño de algunos recursos y experiencias, sin embargo, no lo suficientes como para efectuar una obra más o menos conseguida. En todo caso, es una satisfacción poder constatar la existencia de que hablamos.—A. T.



ESPEJO SIN IMAGEN, de *Mari Yan*.—Editorial Nascimento. 1936.

Tres novelas lleva publicadas con ésta *Mari Yan*, afirmándose un nombre en nuestro ambiente literario. «El abrazo de la tierra», su obra primeriza, fué saludada por la crítica elogiosamente, sin que se le escatimaran augurios felices en su carrera de escritor. «Mundo en sombra», su segunda obra, fué considerada como una novela escrita con precipitación, como un buen borrador en que faltaba la obra de reboque y pulimento; de ambiente ciudadano, echamos de menos la frescura idílica que esti-

mamos como el mejor atributo de «El abrazo de la tierra». En «Espejo sin imagen» pinta, como en la primera, vidas agrarias o trasladadas al campo incidentalmente. Encontramos a la Mari Yan dentro de un ambiente en que se desenvuelve con soltura, con la seguridad de quien anda dentro de sus propias posesiones. Admiramos nuevamente la vida del campo; pero no esa existencia apacible de «El abrazo de la tierra», sino una distinta, turbia, de pasiones subterráneas y mezquinas.

Una maestra que ha sido trasladada a la escuela de un gran fundo cuenta los días que llevó allí. Diario íntimo de una profesora modesta y tímida, de espíritu limpio y desprejuiciado. Lo que esta maestra anota en su diario nada tiene de la plácida vida del campo cantada por los poetas y pintada por nuestros criollistas. Y en esto creemos que Mari Yan ha observado hondamente; para ella, el campo no sólo es el trino de las avecillas que saludan a la aurora, la campiña dorada o verdegueante, el bosque umbrío, el rumor de la fuente cristalina, los atardeceres arrebolados, las noches de plata... y otros lugares comunes tan cursis como éstos, sino que es algo más humano y profundo. Los personajes de su novela nada tienen de convencional, como los que encontramos en la novela pastoril española del siglo XVI y en algunas chilenas de hoy en día. Sus descripciones son breves, trazos rotundos, indispensables para ambientarnos. Sus personajes son simples, como son los hombres que viven en el campo. Pero dentro de esas almas sencillas hay también tragedias y el desarrollo de éstas es, precisamente, lo que constituye el interés de su relato, el nervio de su obra. No necesita la maestra llenar las páginas de su diario con descripciones profusas, porque ella no tiene el espíritu de un turista que sólo se recreara con las bellezas de la naturaleza, sino que es una mujer sensible e intuitiva que ahonda en su propia alma y en las ajenas y para quien siempre el ser humano es lo más interesante. Mujer de alma delicada, pero fuerte, que sabe indignarse y señalar las injusticias allí donde las encuentra. Contribución de la Mari Yan a las in-

quietudes sociales y económicas que preocupan hoy en día y comprensión de la labor artística en el sentido de que ella no sólo es de mera creación estética, sino que lleva en sí otra más trascendente: la de estar al servicio de los desamparados, de los humildes, como lo pedía Jules Romains en el Congreso de Escritores de Buenos Aires.

Son hechos menudos, acaso insignificantes, los que anota esta maestra rural: la pobreza de los niños que asisten a la escuela, la vida misérrima de los campesinos, la bondad del administrador del fundo, quien la hace su confidente: el egoísmo sordo del propietario, etc. Detrás de todo esto, como esfumado, la pasión amorosa que lentamente va sintiendo por don Reinaldo, el administrador, hasta que ésta se le adentra en su corazón, apriisionándolo. De súbito un hecho interrumpe la rutina de la vida del campo: Don Reinaldo se dispara un tiro, porque ha llegado un nuevo administrador y él quedará como su subalterno. Se suicida, porque cree que le han quitado algo que ya formaba parte de su propio ser: de tal suerte tenía el fundo enraizado en su espíritu. Después... a la maestra la trasladan a otro lugar. Espejo sin imagen llama a este diario su autora y lo es en verdad: hechos vulgares anotados con minuciosidad femenil y que para ella marcan un hito en el curso de su vida gris; pero para el lector es algo sin relieve ni emoción artística, idéntico como un paisaje sin alternativas; le parece un espejo que no fuera capaz de reflejar imágenes o si las refleja son demasiado fugaces para que lleguen a estremecerlo.

Pero del espíritu de la obra surge, tenue como el vaho, el alma de una mujer rebelde en su humildad, orgullosa en su modestia, cuya tragedia consiste en haber llevado una vida opaca, que no ha sabido de la pasión del amor en su frenesí perturbador; pero que la comprende y que la adivina hasta en su goce sexual.

Junto a don Reinaldo se destaca como su antítesis el dueño del fundo, tomado de la realidad, ya que lo encontramos fre-

cuentemente en nuestra vida; sin duda, habrá dueños de fundo con espíritu más humano; pero éste que conoció y pintó Mari Yan no es una mera ficción, como alguien ha dicho: lo hemos visto, existe; es el latifundista que vive en Santiago, derrochando el esfuerzo acumulado de su padre y pagando a sus trabajadores mísero salario. El incidente de la huelga nos parece un tanto forzado; todavía nuestro campesino no sabe del poder de las voluntades solidarias.

Mari Yan escribe con seguridad, la frase se afirma contundente, sin rodeos ni aditamentos retóricos, con sencillez familiar. En esta sencillez y desenvoltura, radica, a nuestro parecer, el mayor merecimiento de su prosa. Esta corrección es tanto mayor, cuanto menos usa el adjetivo. En el uso de éstos vacila aún. Así, escribe «... infelices para quienes desearía ser así como un báculo *tibio*». El adjetivo *tibio* es aquí de una absoluta impropiedad. Felizmente, estos gazapos son escasísimos.

Mari Yan asciende con esta novela un peldaño en su labor literaria y no dudamos, dados sus talentos literarios, que pronto alcanzará la cima con una obra maestra.—MILTON ROSSEL.



UNA NOVELA DE RAMÓN DE LA SERNA.

Ramón de la Serna al enviar su libro titulado «CHAO» (1) desde España a un escritor chileno se refiere a éste como a un compatriota, en la respectiva dedicatoria. Debe ser, entonces, Ramón de la Serna de nacionalidad chilena. Desde luego, esto carece de importancia para juzgar o comentar esta novela. Lo consignamos, simplemente, como un dato. «CHAO» también viene dedicado a Joaquín Edwards Bello lo que indica que de la Serna, por lo menos exteriormente, no olvida el país de su origen

---

(1) Colección Araluce.—Barcelona.